MARÍA: MADRE Y MAESTRA

Hno. Dr. Alexandre José Rocha de Hollanda Cavalcanti

Una piedra tirada en un lago de aguas tranquilas causa un efecto que todos nosotros hemos gustado ver cuando éramos niños: los círculos concéntricos de agua se van alejando, todos como consecuencia del primer golpe de la piedra sobre el agua.

Del modo inverso, la relación del hombre con Dios se da a través de círculos concéntricos que nos llevan a asemejarnos más a nuestro Creador.

Decía San Agustín que los intermediarios, vistos a la distancia, se parecen semejantes al extremo. Así, es voluntad de Dios que sus infinitas perfecciones se presenten a nosotros de modo sensible y concreto por las virtudes del Verbo encarnado, Nuestro Señor Jesucristo, que es modelo accesible de perfección para el hombre.

Lo que antes eran exhortaciones verbales y oráculos, ahora es vida concreta del Verbo encarnado, recordando el viejo proverbio árabe: «*las palabras conmueven, los ejemplos arrastran*». Como Dios y Hombre, Jesús es al mismo tiempo el Prototipo y el Arquetipo de la humanidad.

Al enviar a su Hijo para nuestra salvación, el Padre nos envía también un modelo a ser imitado. San Agustín explica las palabras de Jesús en Nazaret cuando le preguntan sobre su madre y sus hermanos y Jesús responde: «¿Quién es mi madre, mis hermanos? Todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hemana, y mi madre» (Mc 3,34-35).

En toda la humanidad, la persona que cumple la voluntad de Dios con más perfección es María, por eso, Ella es para nosotros el modelo para imitar a Jesús.

La Iglesia enseña que el culto a María tiene dos dimensiones: invocación e imitación. En esta imitación, la Madre de Dios será nuestra guía y nuestra Maestra para unirnos a Jesús, puesto que nadie como Ella ha tenido esta completa unión con Él.

La Iglesia es Madre y Maestra de la verdad porque a ella fue confiada la misión de engenderar hijos para Dios y educarlos en la fe.

Como Madre de la Iglesia, la Santísima Virgen María ha dado a Dios su verdadero y único Hijo y da a cada día nuevos hijos conquistados por la Sangre Redentora de Jesús y por sus lágrimas de compasión.

De este modo, la Virgen María ejerce un importante influjo en la humanidad redimida, presentando un ejemplo de vida totalmente configurada con Cristo, atrayendo de forma irresistible a las almas hacia la imitación del divino modelo, Jesucristo, cuya más fiel imagen ha sido Ella misma.

En las Bodas de Caná, María fue la Maestra que enseñó cómo alcanzar los favores de Dios: «¡Haced todo lo que Él os diga!». En su peregrinación en la fe, María fue Maestra en el discipulado y seguimiento de Cristo. Al pie de la Cruz, María fue modelo de unión de intenciones y de corazón con el Cristo sufriente.

Ella fue Madre y Maestra de la Iglesia niña durante la oscuridad que antecedió a la Resurrección. Fue Madre que acompañó el crecimiento y protegió en las persecuciones a la Iglesia primitiva. Es, y siempre será, la Madre de la Iglesia, a la espera de la segunda venida de Cristo.

1. Las mediaciones

La doctrina de las mediaciones deja claro que Jesucristo es el único Mediador entre Dios y los hombres, pero esta mediación no excluye, sino que fomenta nuevas mediaciones participativas de la mediación de Cristo.

El mismo principio se aplica a la ejemplaridad del hombre Jesucristo para la humanidad: Él es el modelo por imitar, pero este modelo nos invita a imitar los modelos intermediarios colocados entre Él y los hombres, especialmente en aquellos aspectos que Cristo no asumió formalmente, como explica René Laurentin:

> «María representa ciertos aspectos que Cristo no asumió formalmente: como simple criatura, como persona humana, como redimida, como mujer: Nueva Eva junto al Nuevo Adán».

¿Cómo, por ejemplo, una madre puede encontrar en Jesús el modo perfecto de cuidar a su bebé? ¿Cómo una persona que tiene dudas en la fe puede encontrar el modelo en Jesús que no podría dudar de Él mismo? ¿Cómo una persona que pierde la esperanza en la vida puede encontrar un modelo en Jesús que es la Esperanza encarnada? Podríamos seguir con muchas preguntas, pero no hay necesidad.

Está claro que hay aspectos específicos de la vida humana que Dios quiso dejar como ejemplo personas más cercanas a nosotros. Serán en ciertos momentos nuestros padres, nuestros superiores, los santos, etc.

Estos son modelos específicos y puntuales, pero el modelo que abarca a todos los hombres y que mejor se asemeja al objetivo a ser alcanzado es aquella que, en palabras de la propia Escritura, es la criatura más semejante a Jesús: la Virgen María, la «bendita entre todas las mujeres» (Lc 1,42). Así, la ejemplaridad de María es el rumbo para toda la humanidad. La omnipotencia divina la colmó con todas las perfecciones de su predilección.

Estando cercana a nosotros nos indica el modo más perfecto de practicar las virtudes teologales para unirse íntimamente a Dios. Así, para realizar la perfecta configuración con Cristo, el mejor camino será la

imitación práctica de las virtudes que más sobresalieron en su Madre, la primera «cristificada» y la criatura más perfectamente configurada con Jesús.

2. Maestra de la fe

El Catecismo nos enseña que la fe es una adhesión personal del hombre a Dios, con asentimiento libre a toda la verdad que el Señor ha revelado[1].

El ser humano que realiza de manera más perfecta la obediencia de la fe es la Virgen María, con su sí a la voluntad de Dios transmitida por el ángel Gabriel. Ella creyó que para Dios nada es imposible y por eso afirmó: «*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1,38).

Esta respuesta expresa su libre colaboración personal con la gracia de Dios, plasmándose en un acto sobrenatural de fe, obediencia y docilidad a la voluntad divina. De ese modo aludían los Santos Padres a una doble concepción del Verbo por María: en su corazón, al aceptar el mensaje del ángel y en su cuerpo, como consecuencia, al recibir al Verbo maternalmente. Su fe lo acoge en el corazón; su actividad maternal lo acoge en su seno. Por esta segunda acción es verdaderamente su Madre; por la primera, siguiendo un pensamiento agustiniano[2], debería más bien llamarse su hija.

Su prima Santa Isabel, al saludarla, atestiguó esta fe de María: «¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1,45). Durante toda su vida, y hasta su última prueba, cuando su Hijo murió en la cruz, su fe nunca vaciló. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe. Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48).

María es el ejemplo colocado por Dios para enseñarnos a cumplir nuestro papel como miembros activos de la Iglesia en un mundo que agoniza espiritualmente. La misión es grande y por eso a nadie está permitido cruzarse los brazos.

La fe de María será nuestro sustento en los momentos difíciles en que no encontramos apoyo humano. Al pie de la Cruz su fe fue sometida a una triple prueba: a la prueba de lo invisible, a la prueba de lo incomprensible y a la prueba de las apariencias contrarias. Esta triple prueba ella la superó del modo más heroico.

En efecto, María:

- Vio a su Hijo en el establo de Belén y creyó que era el Creador del mundo.
- Lo vio huir de Herodes y no dejó de creer que era Rey de los reyes.

---

[1] Cf. CEC., n. 146; 150.

[2] *«Et mater est et virgo. Et mater quidem spiritu, non Capitis nostri quod est ipse Salvator, ex quo illa spiritualiter nata est; quia omnes qui in eum crediderint, in quibus et ipsa est, recte filii Sponsi appellantur». (De sancta virginitatis 6*: PL 40, 399).

- Lo vio nacer en el tiempo y creyó que era eterno.
- Lo vio débil y sujeto a sufrimientos, llorando sobre la paja del pesebre y lo creyó Omnipotente.
- Observó que no hablaba y lo creyó Verbo del Padre, la propia Sabiduría encarnada.
- Lo vio, en fin, maltratado y crucificado, morir en la Cruz y creyó siempre en su Divinidad.

A pesar de que otros vacilaron en la fe, María permaneció siempre firme, no vaciló jamás[3].

3. Maestra de la esperanza

La Virgen María confió contra toda esperanza, incluso cuando tuvo a Su Hijo muerto en sus brazos y acompañó a los que colocaron su cuerpo en el sepulcro y lo sellaron con una piedra.

En el momento más doloroso de su vida, en que Ella compartió los dolores de Jesús, en su corazón traspasado por el sufrimiento no se oscureció la certeza de la resurrección y la alegría presente en su alma por la gloria divina manifestada en la victoria del sacrificio de Cristo, glorificado en la Pascua como centro de toda la espiritualidad cristiana.

Este modelo de María alimenta la esperanza de la Iglesia y de todos los cristianos, proporcionándoles fuerza para ser testigos intrépidos de Nuestro Señor Jesucristo en este mundo donde muchas veces imperan las tinieblas del pecado.

El corazón de María supo unir de modo perfecto dolor y certeza, sufrimiento y gozo, manteniendo viva la esperanza, a pesar de la realidad histórica de la muerte de su Hijo. Ella nunca dudó de la resurrección y del cumplimiento glorioso de los designios que le movían a ofrecerse en oblación por la humanidad.

4. Maestra de la caridad

La más bella expresión de la caridad se encuentra en la Primera Carta de San Pablo a los Corintios (13,1-8):

> «Si yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, y no tuviera caridad, sería vacío como el metal que resuena, o un címbalo que retiñe. Aunque tuviera toda la fe, al punto de trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. La caridad es paciente, es humilde; no es envidiosa, no se engríe; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, mas se alegra con la verdad. Todo perdona. Todo lo cree. Todo lo espera. Desaparecerán las profecías y la ciencia, pero la caridad permanecerá eternamente».

---

[3] Cf. ROSCHINI, Gabriel. *Instruções Marianas*. São Paulo: Paulinas, 1960, p.162.

Si aplicamos estas inspiradas palabras de San Pablo a la Virgen María constataremos que Ella es sin duda el modelo perfecto de caridad.

La caridad no se restringe a la ayuda al prójimo, sino que se cifra especialmente en el amor a Dios, como base de todo amor, como decía San Agustín: «Sólo existen dos amores: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, y el amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo».[4]

San Luis María Grignion de Montfort explica que era tal el amor con que la Santísima Virgen adoraba a su Hijo, que, al dar una puntada con la aguja, daba más gloria a Dios que un mártir ofreciendo su vida para defender la fe.

La caridad de María no es una virtud abstracta, sino que se aplica de modo concreto en dos dimensiones:

En primer lugar, direccionando a Dios todas sus acciones, sacralizando así toda su vida, incluso en sus detalles más sencillos.

En segundo lugar, tomando cada actitud suya con relación al prójimo, con la misma dedicación y amor con que atendía y acompañaba a Jesús.

Este modelo debe brillar delante de nosotros como guía concreta de cada una de nuestras acciones: actuar siempre teniendo el amor a Dios en primer lugar y el amor al prójimo como consecuencia práctica y concreta de este amor, imitando, a cada momento, el ejemplo de María.

Conclusión

La ejemplaridad de María como Madre y Maestra nos enseña que sólo existe un obstáculo para que brille la luz de Cristo en el alma de cada redimido: la obstinación con la que el ser humano, ignorando la oposición entre la luz y las tinieblas, camina hacia el endurecimiento silencioso que se camufla en las ambigüedades hasta el punto de hacerlo inaccesible al mismo Salvador. Es necesario seguir el ejemplo de María, abrirse voluntariamente a la acción divina y participar, en el grado debido, de la propia salvación, colaborando con la salvación de todos los integrantes de la humanidad, sobre todo de aquellos a quienes la Providencia divina quiso «poner en nuestros caminos».

Esta participación debe estar exenta de mediocridad y tibieza, sin medias tintas, a ejemplo de María, modelo antropológico y teologal de toda la humanidad. Sería vano volverse a Ella para que nos dispensase de la lucha o respetase nuestros compromisos con el mundo. Si tenéis miedo a lanzaros al amor, lanzaos a la Santísima Virgen: su paciencia es la de una madre que llora nuestras cobardías, pero no las bendice jamás[5].

---

[4] Cf. SAN AGUSTÍN. *Ciudad de Dios*, libro XIV, cap. XXVIII.

[5] M.D. MOLINIÉ, Carta n. 26, Pascua, 1984, en J. LAFRANCE, *En oración con María, la Madre de Jesús*, 272.

Finalizamos con un agradecimiento a Dios por enviarnos a su Hijo, por dar a la humanidad la oportunidad de ofrecerle un «presente» a su altura, de algo que su omnipotencia no tenía hasta aquel momento, pues era exclusividad del ser humano: una Madre. ¡Sí! Si Dios nos ha dado a su Hijo, nosotros, la humanidad, hemos dado a Él una Madre. Parece exagerado, pero no lo es. Dios podría haber tomado de nosotros, en su omnipotencia, esta Madre, pero quiso solicitar, de la humanidad esta aceptación, que fue respondida por María con la totalidad de su *fiat*[6].

Santo Tomás de Aquino explica que existen tres niveles de gratitud: el de justicia, es decir el nivel intelectual; el de reconocimiento y, el más profundo, de amistad, que crea un vínculo que obliga a una retribución.

Esta realidad se manifiesta de modo patente en diferentes culturas e idiomas. Así, por ejemplo, en inglés se dice *thank you*, o en alemán *zu danken*, reconociendo intelectualmente que el otro nos hizo un beneficio: se va al primer nivel de reconocimiento, más superficial, el cognitivo.

En francés, italiano, castellano y otras lenguas neolatinas, se llega a un segundo nivel de reconocimiento, el de retribución: *merci, grazie, gracias*; es decir, se da una merced, una gracia, se retribuye con algo a la persona que nos proporcionó un favor. Pero sólo en portugués — lengua que tengo la alegría de tener como materna — conozco el modo de expresar la gratitud en el nivel más profundo: del vínculo que obliga al beneficiado[7]. Por eso decimos «*obrigado*», es decir: este favor, este bien que me has hecho crea un vínculo que me «obliga» contigo, que abre una relación vinculante de obligación en la retribución del bien recibido. Así, deseo que la gratitud a Dios por habernos dado el gran don de compartir con nosotros la maternidad de María se refleje en la obligación amorosa de corresponder a toda la entrega que representó su sacrificio al pie de la cruz y toda la consagración de amor que representó su participación en este acto supremo.

¡Gracias Señor, estamos, cada uno de nosotros, voluntariamente *obligados* a ser lo que deseas para tu gloria!

¡María, peregrina en la tierra, ilumina nuestros pasos y aumenta nuestra fe, reaviva nuestra esperanza y quita todos los obstáculos que nosotros mismos creamos para desviarnos del sendero de la salvación!

Redes sociales:

Página Web: www.vidacatolica.org

Canal de YouTube: Vida Católica

Facebook: Alexandre Cavalcanti

---

[6] Cf. J. LAFRANCE, *En oración con María, la Madre de Jesús*, 35-36. La misma idea aparece en las páginas 64-65, cuando, hablando de la Anunciación, afirma que la palabra última de Dios «suscita y mendiga el consentimiento de su pareja». El autor explica que la palabra no tiene efecto sin esta respuesta obediente y creyente en el corazón de la humanidad.

[7] Cf. A.S. NÓVOA, «Formar profesores para o futuro», Conferencia proferida en el III Encuentro PIBID - UNESPAR, en 26 de septiembre de 2014.